

Catherine Malabou, *La plasticidad en el atardecer de la escritura. Dialéctica, destrucción, deconstrucción*, trad. del francés de Javier Bassas Vila y Joana Masó, col. Ensayo, Ellago Ediciones, Castellón, 2008, 147 pp.*

ROCÍO GARCÉS FERRER
Universidad de Valencia

En el borde del discurso hay un ojo. Un ojo que parpadea, que se abre cuando hablamos y hace visible aquello de lo que se habla. La piel del lenguaje, su plasticidad y su relieve, configuran esta visibilidad, “una exterioridad que —en palabras de Lyotard— el discurso no puede interiorizar como significación” (p. 115). De esta exterioridad, mutante y plástica, vive también el arte. El arte transforma el interior del discurso en figura, pliega el texto, lo retuerce y lo convierte en diferencia, en obra. El lenguaje no empieza y acaba en la delineación de sus grafemas, hay todo un esquematismo oculto detrás de las palabras que las proyecta en imágenes; que confiere un realce plástico a la grafía y modela el estilo de un pensamiento, su escritura.

Tras la reducción que experimentó el discurso con el estructuralismo francés y la deconstrucción, Catherine Malabou nos descubre en este ensayo todo su espesor figurativo y nos recuerda la deuda metamórfica que habita en el interior de sus estructuras. Narrado en primera persona, al modo de una autobiografía intelectual, la pensadora francesa recorre la escritura de sus propias obras —*L’Avenir de Hegel* (Vrin, 1996), *La Contre-allée* (con J. Derrida, Vuitton, 1999) y *Le Change Heidegger* (Léo Scheer, 2004)— para dar, a través de la palabra, con el lugar de la metamorfosis, con el “esquema motor” de la plasticidad. Un término que fue empleado por Bergson para señalar la coordinación física que precede al movimiento, el conjunto de sensaciones cinestésicas que pre-inscriben la acción en un cuerpo, y que Malabou transforma en la “imagen histórica pura” de un pensamiento que configura una época, que da con su rítmica esencial y, en ese sentido, impulsa y articula el despliegue de sus mutaciones. La plasticidad refleja así, mejor que ninguna otra noción filosófica, las formas cambiantes que hoy imperan tanto en la organización social y económica, como en la identidad sexual de los individuos: “El régimen privilegiado del cambio es actualmente la implosión continua de la forma, en la cual ésta se rehace y se reforma continuamente” (p. 119).

El hallazgo de este nuevo “esquema motor” sólo puede tener lugar en el ocaso del paradigma de la escritura (ni superación dialéctica ni duelo interminable, la metáfora del atardecer se confunde con la metamorfosis de la escritura misma). El estructuralismo trajo consigo una “imagen lingüística pura” como modelo de organización de la realidad; una morfología basada en separaciones significativas y diferencias, en sistemas de opuestos y dicotomías insalvables. La ampliación semántica del concepto de escritura se extendió al código genético, al “programa” cibernético y en general a la autocomprensión de una determinada situación histórica, como Derrida recoge en el primer capítulo de *De la gramatología*, “El fin del libro y el comienzo de la escritura”. Pero Malabou constata que esta imagen de la realidad ha entrado en la penumbra de su atardecer para dejar paso al esquema de la plasticidad. Esta nueva figura abandona la ontología del grafo, cuya versión biológica era la cadena cifrada del ADN, y descubre un paradigma en la plasticidad cerebral, en la capacidad de las sinapsis para modificar la información en su transmisión. Hasta tal punto las sinapsis dan cuenta de su versatilidad según los cambios de la experiencia, que abren un campo de indeterminación genética, un nuevo espacio de libertad: “La plasticidad toma forma ahí donde el ADN ya no escribe” (p. 123).

El vínculo plástico que engarza todo lo real en su constante transmutación encuentra así un último apoyo ontológico en la organización sináptica, tal y como desarrolla Malabou en su libro *¿Qué hacer con nuestro cerebro?* (Arena Libros, 2007), pero el recorrido por la noción de plasticidad, en este ensayo autobiográfico, es ante todo un diálogo filosófico con la “dialéctica” hegeliana, la “destrucción” heideggeriana y la “deconstrucción” de Derrida. A través de esta confrontación, la pensadora francesa nos descubre la necesidad especulativa que tiene el concepto de crear sus propias imágenes y de transformarse a su vez con ellas: “Ni visibles ni invisibles, a imagen de nuestras metamorfosis, a imagen de nuestras transformaciones, los esquemas del pensamiento son realmente imaginarios, fantásticos en efecto. Esquematiizándose, el pensamiento se intercambia consigo mismo” (p. 77). La tradición filosófica se nos revela entonces, gracias al triple juego de envíos, reflejos y mutaciones entre dialéctica, destrucción y deconstrucción, como el devenir de una larga auto-esquemización; como el desdoblamiento incesante y la transformación especular entre el pensamiento y su imagen.

Si bien es Hegel el primer filósofo que introduce la dimensión de lo fantástico en la filosofía —al llevar hasta sus últimas consecuencias la imaginación

trascendental de Kant— y quien pone en marcha la plasticidad con la noción de “superación dialéctica”, Malabou encuentra en Heidegger un interlocutor privilegiado para pensar el cambio. Lo fantástico hegeliano es indisociable de la idea del fin de la historia, de la imagen de un sistema verdaderamente plástico que puede acoger la novedad de todo aquello que está por venir, incluso si se trata de lo otro de la historia misma. Hegel y Heidegger se encontrarían en ese lugar del cumplimiento imaginario del fin, pero sería Heidegger el pensador que mejor recoge la idea de metamorfosis cuando la metafísica se ha consumado y es posible abrir la vía de otro inicio, de otra forma de meditación. En este caso, el pensamiento heideggeriano activa una “economía ontológica” —la mutua transformación de ser y ente— que excede el marco dialéctico y revierte en la apuesta de Malabou por “poner fin a una *desmaterialización* o *desmonetización* del pensamiento filosófico contemporáneo” (p. 98).

En la plasticidad ontológica, Malabou encuentra la posibilidad de otro pensamiento que da un paso más allá de la deconstrucción: “La lectura plástica querría ser la metamorfosis de la lectura deconstructora” (p. 110). Pero para que esta nueva figura despunte en el atardecer de la escritura, es necesario transgredir la disociación que, tanto Lévinas como Derrida, habían establecido entre el elemento gráfico —la huella como el semblante informe del Otro o la marca de la escritura— y el elemento plástico —la forma. La lectura plástica insiste en la importancia de lo otro de la forma antes bien que en *la otra forma* y comprende que no es posible sobrepasarla sin tener en cuenta su “economía ontológica”, su convertibilidad frente a la huella. De este modo, el signo y la figura recuperan su intrínseca copertenencia y la noción de forma, caída en el descrédito de la filosofía por ser considerada un resto de la metafísica de la presencia, vuelve en este ensayo con todo su vigor metamórfico para hablarnos del relieve del lenguaje, del “inconsciente fabuloso” que se aloja en la ontología o de la naturaleza figurativa del discurso, que nos recuerda el ojo que siempre lo bordea.

Notas

* Una primera versión de esta reseña apareció publicada el 11.7.2008 en el suplemento cultural “Posdata” del diario Levante-EMV, con el título “Metamorfosis de la escritura”.